

Alfonso Múnera

*El ilustrado Francisco José de Caldas
y la creación de una imagen de la nación*

Ha sido un hábito de la historiografía tradicional estudiar la crisis política del Virreinato de la Nueva Granada y el nacimiento de la República de Colombia como resultado de un proceso bastante simple de formación de una conciencia criolla, americanista y anticolonial¹. Así, se ha supuesto que la construcción de la nación en nuestro medio fue el producto de una élite protonacional que concibió un discurso nacionalista, cuyas zonas internas de conflicto se limitaban a variaciones formales en torno del tipo de organización del nuevo Estado, es decir, de inmaduros enfrentamientos sobre si se debía aclimatar un sistema de gobierno federalista o, por el contrario, un centralismo autoritario.

En escritos anteriores, he llamado la atención sobre la puerilidad de la “Patria Boba” como categoría de análisis y he preferido estudiar el período de la Independencia como un resultado de profundos conflictos políticos e ideológicos internos en

1 La historiografía tradicional colombiana que se ocupa de la Independencia, iniciada por José Manuel Restrepo en 1829 con su obra monumental *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional*, hasta el presente, ha evitado problematizar el discurso sobre la construcción de la nación, asumiendo que, en efecto, todo se redujo finalmente al impulso nacionalista de los criollos, sin profundizar siquiera en las tensiones internas de este discurso. Nuevos enfoques sobre el tema aparecen en: Germán COLMENARES y otros, *La Independencia. Ensayos de historia social* (Bogotá: Colcultura, 1986) y en Hans-Joachim KÖNIG, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación en la Nueva Granada, 1750-1856* (Bogotá: Banco de la República, 1984). Ver también: Alfonso MÚNERA, *El fracaso de la nación: región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1821* (Bogotá: Banco de la República-El Áncora Editores, 1998).

el contexto de la crisis del imperio. En este sentido, he estudiado en detalle el conflicto regional entre la capital andina Santa Fe de Bogotá y el puerto caribe de Cartagena de Indias por sus consecuencias notables para la conformación de la república. Al mismo tiempo, he analizado la participación de sectores sociales, como el de los negros y mulatos, en la construcción de la nación. He intentado mostrar, en este punto, que en un puerto esclavista del Caribe, con un alto grado de desarrollo urbano y una población relativamente grande de artesanos letrados mulatos, la participación de éstos fue crucial en las decisiones que llevaron a la conformación de la primera república independiente de Cartagena de Indias en 1811². En este ensayo me interesa discutir el origen de las primeras expresiones del discurso sobre la nación colombiana, su entronque con la tradición intelectual europea y su llamado “sentido americanista”.

En la Nueva Granada de finales de la Colonia, lo mismo que en el resto de la América española, los criollos ilustrados construyeron una visión americana de la naturaleza que los rodeaba. Se trataba, en el fondo, de participar en la amarga polémica que ocupó la atención del pensamiento científico europeo sobre la inferioridad del continente americano. Las tesis de los científicos franceses Georges-Louis de Buffon y Corneille De Paw sobre la naturaleza inferior del Nuevo Mundo, divulgadas y discutidas en las colonias españolas, hacían parte de ese engranaje ideológico que en últimas llevó a la creación de una concepción eurocéntrica del orbe en la segunda mitad del siglo XVIII. Contra ellas se pronunció la intelectualidad criolla, animando lo que se conoció como “querelle d’Amerique”, aunque, según Antonello Gerbi, hubo una reacción apasionada contra Buffon y De Paw, pero no hubo un diálogo o un debate, ni se les opuso un “*corpus* orgánico de doctrina o informaciones” y a “las genéricas calumnias se contestó con fragmentarios ditirambos”³.

Los ensayos de Caldas y las primeras imágenes de la nación

Alrededor de la figura del sabio gaditano José Celestino Mutis y de la Expedición Botánica, los criollos ilustrados iniciaron en la Nueva Granada el estudio de la natu-

2 Ver: Alfonso MÚNERA, “El Caribe colombiano en la república andina: identidad y autonomía política en el siglo XIX”, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 33, número 41 (Bogotá: 1996).

3 A. GERBI, *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica, 1750–1900* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 364. Una discusión de gran utilidad se halla en: Mary Louise PRATT, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation* (Londres: Routledge, 1992), pp. 111–197.

raleza y con ello las primeras construcciones⁴ sobre la personalidad del hombre colombiano. En este contexto, los ensayos de Francisco José de Caldas sobre la geografía de la Nueva Granada y el influjo del clima en los seres organizados⁵ dieron comienzo a una tradición cuya importancia, al margen de la pretendida defensa de América, estuvo en las imágenes que formó sobre el ser de la nación, al tiempo que la crisis del imperio precipitaba las primeras rebeliones armadas.

En su estudio ya clásico sobre la disputa del nuevo mundo, Gerbi incluyó a Caldas entre los que reaccionaron a favor de “la excelencia del continente americano y de su misión a la vanguardia de la humanidad”⁶, pero al mismo tiempo estableció una distinción importante al señalar que éste es el único de los naturalistas americanos que “acepta de lleno las teorías zoológicas de Buffon”⁷. Caldas criticó las excesivas especulaciones de De Paw sobre los efectos negativos de las temperaturas frías de las tierras americanas pero seguía las enseñanzas de Buffon, por quien profesaba una inocultable admiración⁸. Sus celebrados ensayos son, en muchos aspectos, una consecuencia de su aplicación de las ideas del científico francés al estudio de la Nueva Granada. Caldas fue uno de los creadores, en nuestro medio, de la visión criolla sobre la que se elaboró el discurso hegemónico de la república andina, en el cual los Andes encarnaron el ideal de la nación, y las costas y tierras ardientes el “otro”, la imagen negativa de una América inferior, que se repudiaba desde Europa.

4 Utilizo el término “construcción” consciente de las sanas advertencias de Peter Burke, en el sentido de no olvidar que la creatividad colectiva está sometida a coacciones, de tal modo que sería exagerado suponer que “las identidades colectivas puedan inventarse o construirse a voluntad”. Ver: “Lengua e identidad en la Italia moderna temprana” en: Peter BURKE, *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia* (Barcelona: Gedisa, 1993), p. 90.

5 Francisco José de CALDAS, “Estado de la geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la economía y al comercio”, diciembre de 1807, y “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, mayo de 1808, en *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942), pp. 15–54 y 136–196.

6 GERBI, *op. cit.*, p. 365.

7 GERBI, *op. cit.*, p. 387.

8 En carta escrita en Popayán a Santiago Arroyo, con fecha de marzo 20 de 1801, se refiere a Buffon como “genio original y profundo” y se lamenta de no poder conseguir un ejemplar completo de su *Historia natural*. En otra, escrita al mismo Arroyo desde Otavalo, Ecuador, de noviembre 7 de 1802, dice: “¡Qué abuso poner los nombres de unos hombres ignorantes y oscuros en la república de las letras en general, al lado de Buffon, Tournefort, Linneo!”, en: Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, *Cartas de Caldas* (Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1978, pp. 59 y 205.

En la construcción de esta imagen, ahora sustentada en el discurso de las ciencias, Caldas se apoyó en el imaginario colonial. En efecto, desde una fecha tan temprana como 1717 hay testimonios escritos de una percepción desde el centro andino de la costa Caribe como región-frontera, marginal y poco apta para la vida civilizada⁹. En 1795 los comerciantes de Santa Fe de Bogotá se opusieron a la instalación de un Consulado de Comercio en Cartagena con el argumento de que este puerto del Caribe estaba situado en una “esquina del reino”, distante, fronterizo, ajeno a los intereses del Virreinato, que eran, por supuesto, los intereses del centro¹⁰. Todavía en 1810, poco después de publicar Caldas su ensayo sobre el clima, el prócer Antonio Nariño defendía el derecho de Santa Fe a ser la capital de la nueva república con la idea de que Bogotá era el centro de las luces¹¹.

En diciembre de 1807 Caldas había escrito su primer gran ensayo sobre la geografía neogranadina, con el cual se presentó al público ilustrado del reino la nueva publicación científica, el *Semanario del Nuevo Reino de Granada*. En este trabajo, Caldas desarrollaba su concepción determinista del influjo de la geografía en la condición física y moral de los habitantes del Virreinato. En reacción contra sus afirmaciones, Diego Martín Tanco, otro aficionado a las ciencias, escribió una carta a Caldas, en la que se oponía al esfuerzo de este último por demostrar científicamente que las virtudes y los vicios dependían directamente del clima. Para responder a las objeciones de Tanco, Caldas publicó su estudio más completo sobre el tema, en la forma de un largo ensayo, titulado “Del influjo del clima sobre los seres organizados”. Aquí Caldas acude con minuciosidad a sus experiencias en la costa pacífica y al recuerdo de sus vivencias con los mulatos de esta zona para defender su tesis de la inferioridad de los seres de tierras calientes.

En “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, Caldas emprendió la difícil tarea de mostrar cómo el clima determinaba los rasgos morales de los seres humanos que habitaban el Virreinato y construyó una de las imágenes de estos pobladores

9 “Carta del cabildo de Cartagena al Rey”, Cartagena, 24 de julio de 1720, y “Carta del Teniente Gobernador de Cartagena, Alejo Díaz Muñoz, al Rey”, Cartagena, 25 de julio de 1720, en: Archivo General de Indias, Santa Fe, legajo 326.

10 “Expediente sobre la formación del Consulado de Comercio de Santa Fe”, 1796, en: Archivo General de Indias, Santa Fe, legajo 957.

11 “Reflexiones al Manifiesto de la Junta de Cartagena, sobre el proyecto de establecer el congreso supremo en la villa de Medellín, comunicado a esta Suprema provisional”, septiembre de 1810, en: CORRALES, *Documentos*, vol. I, p. 171.

más influyentes de la literatura ensayística colombiana del siglo XIX, en el muy precario esfuerzo de nuestros intelectuales de la pasada centuria por pensar la nación.

En uno de sus párrafos alucinantes, al comparar a los mulatos de las costas con los indios y las castas de los Andes, dice Caldas:

Éstos son más blancos y de carácter más dulce. Las mujeres delicadas tienen belleza, y se vuelven a ver los rasgos y los perfiles delicados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las preocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y de justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente; un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna, han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta *zona tórrida del corazón humano*, no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan, y toman el idioma sublime y patético de la poesía [...]. Los celos, tan terribles en otra parte y que más de una vez han empapado en sangre la base de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños [...]. Las castas todas han cedido a la benigna influencia del clima, y el morador de nuestra cordillera se distingue del que está a sus pies por caracteres brillantes y decididos.¹²

Hay una tremenda ambigüedad en el discurso americanista de Caldas. En ningún momento de su obra emprendió la crítica del cientificismo racista y del determinismo geográfico de Buffon, los cuales comparte. Todo su esfuerzo se concentró en probar que las cordilleras de los Andes estaban naturalmente dotadas para dar nacimiento a un hombre física, intelectual y moralmente igual al europeo, sin oponerse a las categorías con las cuales se construyó la inferioridad de lo americano desde Europa; por el contrario, utilizó tales categorías para introducir una variante: no los Andes, pero sí las tierras costeras y ardientes del Nuevo Mundo producían una naturaleza y unos seres humanos irremediablemente inferiores.

12 CALDAS, "Del influjo del clima sobre los seres organizados", en: *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, *op. cit.*, pp. 166-167.

En el texto citado de Caldas hay una clara percepción de los habitantes de la Nueva Granada como escindidos por efecto de una geografía diversa en seres civilizados y seres bárbaros o inferiores. El ideal de una “sociedad civilizada”¹³, en boga en la Europa de principios del siglo XIX, está representado en su descripción de las virtudes de los habitantes de los Andes. “Son más blancos y de carácter más dulce”, empieza diciendo para referirse a los indios de las cordilleras. Caldas era consciente de que en el discurso hegemónico europeo, construido ya a principios del siglo XIX, la gesta civilizadora estaba asociada con los pueblos de piel blanca. No se podía, por ejemplo, ser negro y aspirar a la civilización. Por otro lado, en el relato de Caldas las pautas de comportamiento de la sociedad civilizada occidental se reproducían en los Andes neogranadinos en el pudor de sus gentes, en las normas de recato y en las formas externas del vestuario que, además, prefiguraban ya el ideal de la educación del ciudadano¹⁴. En este idílico retrato de los Andes colombianos, la madurez de las relaciones sociales de sus pobladores había hecho de tan plácido territorio el reino de “la dulce paz” y de la ética del trabajo.

Caldas no se detuvo en los anteriores atributos. Para construir la imagen de los Andes civilizados, en oposición con las costas atrasadas e irredentas, nos habló de la existencia en los primeros de “una sociedad bien formada” en donde se vivía bajo el

13 Norbert Elias, al discutir el concepto de “civilización” en la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII, trae como testimonio la noción de civilización de Mirabeau padre: “Si preguntásemos a la mayor parte de la gente en qué consiste, según ella, la civilización, se nos respondería que la civilización de un pueblo es la suavización de sus costumbres, la urbanidad, la educación y el amplio conocimiento de los buenos modales, el respeto generalizado de las reglas de la conveniencia”. En otro aparte, al discutir la diferencia entre el concepto francés de “civilización” y el alemán de “cultura”, afirma: “Al igual que el término ‘civilizado’, ‘cultivado’ se refiere en primer término a la forma de comportarse o de presentarse de los seres humanos. El concepto designa una cualidad social de los seres humanos, su vivienda, sus maneras, su lenguaje, su vestimenta, a diferencia del término ‘cultural’, que no se refiere de modo inmediato a los hombres, sino exclusivamente a ciertas realizaciones humanas”. Ver: Norbert ELIAS, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), pp. 58 y 85.

14 Es muy importante resaltar que hay una clara preocupación por un ideal del ciudadano, basado en la educación y el cuidado de las formas, que está incorporado al discurso de los criollos ilustrados desde antes de producirse la revolución política en la Nueva Granada. Un claro ejemplo se halla en los escritos de José Ignacio de Pombo, en especial en su discurso sobre el ciudadano americano, que hace parte de su ensayo más importante, “Informe a la Suprema Junta de Cartagena de Indias, 1810”, en: Alfonso MÚNERA (comp.), *Ensayos costeños. De la Colonia a la República. 1770–1890* (Bogotá: Colcultura, 1994), pp. 189–190.

férreo dominio de la ley y de la religión, es decir, en donde las instituciones civiles y eclesiásticas ejercían su imperio y garantizaban el control social. Y, lo más notable, construyó una estética de la sexualidad neogranadina. Según este patriota ilustrado y profundamente católico, el amor en los Andes “no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa”. Las bondades del clima en las alturas andinas habían transmutado las expresividades del salvaje de las tierras ardientes en “el idioma sublime de la poesía”, las pasiones terribles y sangrientas del mulato en “odas y canciones, lágrimas y desengaño”.

Caldas concentró su argumento sobre la inferioridad del hombre de la costa y, en especial, su ausencia de equilibrio y de control sobre sus instintos, en su discurso comparativo entre la sexualidad de andinos y la de costeños. El costeño es bestializado al asimilarlo en sus metáforas emocionales a un ser “sanguinario y feroz”. El mulato que habitaba las tierras ardientes aparecía animalizado en las imágenes que construyó Caldas a lo largo de este ensayo: asociado siempre a la intrepidez, a la lucha con las fieras, a una vida en estado natural salvaje sin pertenencia a una sociedad civil, instintivo, libre y siempre proclive a los excesos, era por naturaleza un ser indisciplinado.

La escogencia del mulato de las costas como el ser que encarnaba en sus formas más extremas los efectos negativos de un clima ardiente en la conducta de los seres humanos no es casual en la obra de Caldas. Su acogida entusiasta e incondicional del pensamiento científico europeo en boga lo llevó a reproducir las teorías racistas más extremas sobre las cuales se fundamentaba la superioridad natural del hombre de Occidente y se caricaturizaba hasta lo indecible la humanidad de los negros africanos. En otro párrafo de pie de página, de parecido “rigor científico” al reproducido más arriba, el ilustre Caldas mostraba los “efectos” del clima sobre europeos y africanos como prueba contundente de la veracidad de su teoría aplicada a la Nueva Granada¹⁵:

...el ángulo facial, el ángulo de Camper tan célebre entre los naturalistas, reúne casi todas las cualidades morales e intelectuales del individuo. Cuando este ángulo crece, crecen todos los órganos destinados a poner en ejercicio la inteligencia y la razón; cuando disminuye, disminuyen también estas facultades. El europeo tiene 85° y el africano 70°. ¡Qué diferencia entre estas dos razas del género humano! Las artes, las ciencias, la humanidad, el imperio de la tierra es el patrimonio de la primera;

15 CALDAS, “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, en: *op. cit.*, pp. 145–146.

la estolidez, la barbarie y la ignorancia son las dotes de la segunda. El clima que ha formado este ángulo importante, el clima que ha dilatado o comprimido el cráneo, ha también dilatado y comprimido las facultades del alma y la moral.

En consecuencia, continúa Caldas:

El africano de la vecindad del ecuador vive desnudo bajo de chozas miserables... Simple sin talentos... Lascivo hasta la brutalidad, se entrega sin reserva al comercio de las mujeres. Éstas, tal vez más licenciosas, hacen de rameras sin rubor y sin remordimientos. Ocioso, apenas conoce las comodidades de la vida, a pesar de poseer un país fértil... pasa sus días en el seno de la pereza y de la ignorancia. Vengativo, cruel, celoso con sus compatriotas.¹⁶

El mundo de Caldas

Francisco José de Caldas nació y vivió hasta su juventud en Popayán, ciudad señorial del sur de los Andes neogranadinos y asiento de una de las élites más poderosas de propietarios de esclavos del Virreinato. Estos señores de capa y espada eran dueños de grandes cuadrillas de negros traídos del África para extraer el oro del Chocó y trabajar en las grandes haciendas agrícolas y ganaderas del valle del Cauca. En la Popayán de principios del siglo XIX las calles abundaban en negros y mulatos libres y esclavos¹⁷. Caldas era, por supuesto, un miembro de la élite criolla de la ciudad, si bien nacido para su desgracia en el seno de una familia de distinción pero pobre, condición sobre la cual se quejaría con persistente amargura al verse obligado a depender de mecenas para el adelanto de sus investigaciones¹⁸.

En 1808, cuando escribió su "Del influjo del clima sobre los seres organizados", la crisis del imperio y el resquebrajamiento del orden colonial eran evidentes en todos

¹⁶ *Ibid.*, p. 147.

¹⁷ Sobre el papel de Popayán como el centro señorial de una economía esclavista en la región surandina, ver: Germán COLMENARES, *Historia económica y social de Colombia. Tomo II: Popayán, una sociedad esclavista, 1680-1800* (Bogotá: Planeta, 1979).

¹⁸ Marcos GONZÁLEZ PÉREZ, *Francisco José de Caldas y la Ilustración en la Nueva Granada* (Bogotá: Tercer Mundo, 1984), pp. 17-18; Alfredo D. BATEMAN, *Francisco José de Caldas* (Bogotá: Planeta, 1998), pp. 11-18.

los aspectos de la vida del Virreinato. Pero más que en la economía y en la política, el orden colonial había fracasado en el intento descomunal de conformar sociedades regidas por la ley, la religión y las costumbres de España en las vastedades de Nueva Granada. En muy pocos sitios se logró y siempre de manera muy imperfecta. Las dilatadas costas del Pacífico y del Caribe estaban pobladas en su mayor parte por negros traídos de África y por sus descendientes en constante cruce con el resto de la población. Buena parte de estos hombres vivían del contrabando o de otras actividades marginales sin mayor contacto con las sociedades criollas y dispersos en los montes, en las ciénagas de los ríos y en lo intrincado de las selvas.

A juzgar por las narraciones de Antonio de la Torre y Joseph Palacios, en las postrimerías del siglo XVIII más de la mitad de los cerca de 250.000 habitantes que debió de tener la costa caribe para esa fecha vivía marginada de los pueblos y de las ciudades establecidas por los españoles y los criollos. La mirada etnocéntrica de estos colonizadores describió a las gentes dispersas del Caribe con un tono similar al que utilizó Caldas años después para describir al mulato de la costa pacífica. En 1774, es decir, treinta y cuatro años antes de que se publicara el texto de Caldas, Antonio de la Torre escribía:

Descendientes de desertores de tropas y marinería, de los muchos polizones [...] de los negros esclavos y esclavas cimarronas que, habiendo hecho algunas muertes o cometido otros delitos, buscaron el abrigo de sus excesos en las dispersiones [...] y muchos indios e indias que mezclados con mestizas, negras y mulatas, propagaron una infinidad de castas difíciles de averiguar [...] que vivían con el mayor abandono, desidia y poltronería, entregados a la embriaguez y otros vicios propios de una vida libre.¹⁹

El fraile franciscano Joseph Palacios, especie de Torquemada de las selvas y los pantanos de la vasta región que hacia el sur de la provincia de Cartagena formaban los ríos San Jorge y Cauca, en su *Diario de Viaje de 1787* describe sus andanzas de destructor de palenques de negros cimarrones y de salvador de almas perdidas. En uno de sus apartes narra:

19 Antonio DE LA TORRE, "Noticia individual de las poblaciones nuevamente fundadas por el teniente coronel de infantería Antonio de la Torre y Miranda, 1778", en: Academia de Historia de Cartagena, *Boletín Historial*, N° 49-50-51 (Cartagena: 1926).

Partí al Palenque del Guamal, sitio de gentes forajidas, y entré en él el primero de febrero. En este día cogí diez hombres en cuatro barquetas pescando en cueros absolutamente. Los mandé aprisionar para que éstos fuesen al norte para coger los demás. Declararon que el que menos tenía ocho o diez mujeres robadas; que sólo se mantenían de la pesca y lo que robaban a los pasajeros del Cauca y del río de la Magdalena; que todos los días se mataban unos a otros por cualquier cosa; que habían muchos que tenían armas de fuego, en particular los desertores que se habían arrochelado, que se habían huido de sus amos y que todas las crías que había estaban sin bautismo y que había hombres y mujeres y muchos viejos que allí habían nacido y sin bautismo se habían muerto.²⁰

Caldas, al igual que el resto de los criollos ilustrados de su tiempo, encontró como herencia de la cultura del siglo XVIII esta insistencia de los funcionarios y de los viajeros españoles en la vida bárbara de la mayoría de los habitantes de las costas. Descripciones que se repiten, en las cuales los negros y mulatos del Caribe aparecían ya inmersos en la pereza, en la ignorancia, en la indisciplina de los cuerpos obsesivamente denunciada; es decir, opuestos a la imagen del progreso tardíamente construida en España.

Sólo que en los escritos del ilustrado payanés se produjo un cambio definitivo: apareció por primera vez una reflexión sistemática sobre el hombre y la mujer colombianos basada en la inferioridad natural de los pobladores de tierras calientes. El afán de Caldas consistió en construir científicamente un conocimiento moderno sobre la colonia en crisis. La naturaleza misma, y no otra cosa, afirmaba este enamorado de las ciencias, había determinado la superioridad intelectual y moral del hombre de los Andes sobre el de las costas. El indio, el negro y el mulato de las tierras bajas y ardientes eran seres despreciables, sobre los cuales no se podía construir una sociedad civilizada, no por el color de sus pieles sino por el hecho de haber sido productos de geografías y climas malditos.

Con los ensayos de Francisco José de Caldas tomó forma, pues, una de las construcciones teóricas de más profundo arraigo en el imaginario colectivo de la república: la demonización de las tierras costeras y ardientes, su imagen de regiones—fron-

20 Gerardo REICHEL-DOLMATOFF (ed.), *Diario de viaje del Padre Joseph Palacios de la Vega entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada, 1787-1788* (Bogotá: Editorial ABC, 1955), p. 105.

ras, de geografías pestilentes y habitadas por seres inferiores, caló hondo en el alma de la nación decimonónica y fortaleció el discurso hegemónico andino.

El fracaso de la nación decimonónica

En la literatura política republicana del siglo XIX, aun en la más liberal, el discurso de Caldas es una pieza clave, subyacente, de la reflexión sobre nuestra historia y nuestros fracasos modernizadores. Un ejemplo me parece suficiente para ilustrar esta afirmación.

En 1867, en una obra altamente elogiada, *La miseria en Bogotá*, Miguel Samper, político y escritor liberal, símbolo de las ideas más avanzadas del momento, considerado como uno de los economistas más lúcidos del siglo XIX y uno de sus periodistas más brillantes, inició su reflexión sobre la condición miserable de la sociedad colombiana con una especie de síntesis histórica del fracaso nacional, la cual concluyó con la siguiente tesis:

...hallamos como causas principales de atraso la configuración del territorio y el clima. Mientras que en las zonas templadas la población y la riqueza se han desarrollado principalmente hacia la desembocadura y las hoyas de los grandes ríos, en las costas de los golfos y por donde quiera que la topografía ha opuesto menos obstáculos a las comunicaciones, entre nosotros ha sucedido lo contrario. Los que descubrieron y conquistaron esta parte de la América encontraron la barbarie más completa sobre las costas y en las hoyas de los ríos, en tanto que las faldas y mesas de nuestra cordillera servían de morada a pueblos relativamente adelantados en civilización. Cerca de cuatro siglos van transcurridos desde que ocurrió aquel hecho, y las cosas no han cambiado sensiblemente. Las costas y las hoyas de los ríos continúan brindándonos con la riqueza natural en todas sus formas las mayores facilidades para el cambio interior y exterior de los productos de la industria; pero la población no baja de las faldas y mesas de la cordillera sino con lentitud y precaución, porque allí donde está la riqueza fácil, la muerte ha establecido también su imperio. Nuestras cordilleras son verdaderas islas de salud rodeadas por un océano de miasmas.

Si las tierras altas de la América intertropical tienen que ser la cuna de su civilización [...] los hijos de los Andes colombianos deberíamos nacer titanes o civilizados para empezar por romper sin tardanza los nudos y ligaduras que nos atan a nuestra grandiosa cuna.

...Las cordilleras tienen que ser el criadero principal de donde han de partir, hacia las llanuras del oriente y las bajas vegas del Magdalena y sus tributarios, los enjambres que recogerán tantos frutos allí latentes...²¹

La influencia de las enseñanzas de Caldas en una mente tan avanzada como la de don Miguel Samper es evidente en este texto. La geografía y el clima son las causas de que las costas permanecieran desde la Colonia, a lo largo de cuatro siglos, en manos de pueblos bárbaros, mientras los Andes eran cuna de civilizaciones avanzadas: "Nuestras cordilleras son verdaderas islas de salud rodeadas por un océano de miasmas". En otras palabras, las tierras bajas de Colombia eran pestilentes y sólo serían útiles cuando los "titanes" de los Andes bajaran de las alturas a colonizarlas.

La ambigüedad de la élite costeña

Esta imagen fundacional de la nación colombiana, por la cual se convirtió la costa en el "otro" que fundamentó el discurso del centro y la gran empresa cultural de andinizar el país durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, con sus consecuencias trágicas, tuvo una respuesta ambivalente en los ilustrados de la costa caribe.

En 1806, en carta a Mutis desde Cartagena, casi un año antes de que se publicara en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* el ensayo sobre la geografía de la Nueva Granada, José Ignacio de Pombo expresó su desacuerdo con las tesis de Caldas. En aquel momento escribió lo siguiente: "...lo que dice relativo a los indios es equivocado, pues éstos igualmente prosperan y se reproducen en los países bajos y calientes que en los elevados y fríos, y aún estoy por los primeros, si hemos de dar crédito a la historia"²².

Sin embargo, en un ensayo de 1807, Pombo se referiría a los negros como a seres bárbaros e incivilizados, enemigos eternos de los blancos. Su programa civilizador para crear un ciudadano en estas tierras contemplaba la destrucción de las identidades negras y el estímulo a la migración masiva de blancos²³.

21 Miguel SAMPER, *La miseria en Bogotá* (Bogotá: Editorial Incunables, 1985), pp. 12-14.

22 Guillermo HERNÁNDEZ DE ALBA (comp.), *Archivo epistolar del sabio naturalista don Celestino Mutis*, tomo IV, p. 134.

23 Jorge Orlando MELO (ed.), *José Ignacio de Pombo. Comercio y contrabando en Cartagena de Indias* (Bogotá: Procultura, 1986), pp. 89-90.

Pombo no culpó a la geografía ni al clima del atraso de los pobladores de la costa caribe. En ese sentido tiene una comprensión de la sociedad menos determinista que Caldas. No obstante, estaba convencido de que la región sólo se podía civilizar fomentando la disminución de la población de negros e indígenas, a los cuales señalaba como seres peligrosos y ajenos al progreso, a los que había que mezclar y educar para conducirlos a la civilización²⁴. De allí sus patéticas palabras, escritas a su maestro Mutis, en los albores del siglo XIX:

Es el mayor sacrificio que puede hacer un hombre de talento, consagrar los días de su existencia a las tinieblas y a la barbarie, pudiendo vivir en medio de la luz y entre racionales. Pero el amor de la patria y el de la verdadera gloria arrastra todo, y ésta no se adquiere sino haciendo bien, y siendo útil a sus semejantes²⁵.

La ambigüedad de la élite costeña era más manifiesta, sobre todo si se tiene en cuenta que Pombo fue sin duda la mente mejor formada y progresista de los patriotas criollos del puerto de Cartagena de Indias.

Los desastres de la Independencia produjeron una reacción más pesimista sobre las posibilidades de progreso de las gentes caribeñas. Las *Meditaciones colombianas* de Juan García del Río fueron una expresión de esa ausencia de fe en el hombre colombiano y en particular en las castas originadas en nuestras geografías²⁶. A la par, Cartagena de Indias fue perdiendo su antiguo cosmopolitismo e importancia como centro clave de un intenso intercambio de ideas, de mercancías y de gentes.

Creada la República de Colombia, las guerras civiles terminaron de destruir la creencia en la posibilidad de alcanzar el progreso basado en el hombre colombiano y en la democracia ciudadana. Al mismo tiempo, desde el centro se consolidó un Estado para el cual el Caribe perdió poco a poco toda importancia. Los finales del siglo XIX contemplaron la reacción conservadora autoritaria e hispanista y la búsqueda de inmigrantes de Europa para mejorar la calidad del poblador de estas tierras. El presidente costeño Rafael Núñez fue un entusiasta practicante de la consigna —en boga en Latinoamérica— de “orden y progreso” y, al igual que Sarmiento y Alberdi en

24 *Ibidem*.

25 HERNÁNDEZ DE ALBA, *op. cit.*, p. 101.

26 Juan GARCÍA DEL RÍO, *Meditaciones colombianas*, en: Alfonso MÚNERA (comp.), *Ensayos costeños*, en especial la “Meditación tercera”, pp. 307–326.

Argentina y los “científicos” en México, se convirtió en el más ardiente defensor del programa de migraciones europeas, con el objeto de mejorar la raza. Para finales del siglo XIX, la élite intelectual del Caribe colombiano, representada en Núñez, había abandonado ya cualquier intento de consolidación de una identidad caribe. Por el contrario, se trataba de unir a la nación en torno de viejos símbolos que restablecieran la conexión con las raíces españolas. La subvaloración del hombre y de la cultura del litoral caribe fue casi total²⁷.

Las imágenes negativas de las costas caribe y pacífica construidas desde Francisco José de Caldas hasta Miguel Samper, y por los propios intelectuales caribeños, siguen ejerciendo una desconsoladora influencia sobre los destinos de la cultura nacional. Paradójicamente, en los últimos años un movimiento vigoroso de reafirmación de la identidad desde abajo, desde lo popular, ha traído a la escena con vigor inusitado la herencia afroamericana de los pueblos costeros. Todo parece indicar que, en contravía de lo predicado desde los celebrados ensayos de Caldas, sólo aferrándose a sus propias raíces se superará el profundo trauma colectivo de las costas colombianas: el de pueblos enseñados por su propia historia a despreciarse.

27 Estos últimos aspectos habían sido tratados en un artículo anterior titulado “El Caribe colombiano en la república andina: identidad y autonomía política en el siglo XIX”, en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 33, núm. 41 (Bogotá: 1996).